

se convertirán en tierras fértiles; el volcán pagano de Momotombo, que, según la tradición, tenía el deber de tragarse á todos los misioneros cristianos, admitirá, sin duda, sobre sus vastos flancos á los leñadores y agricultores pacíficos.

## II

El «Narciso».—Porto-Bello.—Los indios.  
El golfo de Auraba

Mi deseo era ir hasta Panamá por ver el istmo en toda su longitud, y contemplar al mismo tiempo las aguas del Océano Pacífico; pero para ello tenía que esperar durante todo un día y una noche á que saliera un tren, y tan larga estancia en un hotel, construido en las inmediaciones de un pantano, me hacía muy poca gracia. Además, tenía mucha prisa de llegar al pie de Sierra Nevada, finalidad principal de mi viaje, y me despedí de mis compañeros. El vapor inglés que hace el servicio regular de las costas de Nueva Granada, no debiendo pasar hasta una docena de días después, tenía prisa de ir al puerto y ver si podía aprovechar alguna goleta que fuese á Cartagena. Afortunadamente, una embarcación, con todas las trazas de una cáscara de nuez, estaba levantando su áncora ó lo que fuera; no tuve más que el tiempo preciso de mandar traer mi maleta, de meterme en un esquite y de subir á bordo de la goleta, que ya empezaba á balancearse frente á Aspinwall; luego, bajé á la bodega para dejar mis efectos entre dos sacos de cacao, y cuando subía la escalera peligrosa, estábamos ya en medio de la bahía.

El «Narciso» era una pequeña embarcación de

24 toneladas de porte, y tan mal acondicionado que el único espacio libre, por donde me podía pasear, no tenía más de dos metros de largo. A cada instante la altura de las olas nos ocultaba el horizonte y, á juzgar por la sugestión, parecía que la ciudad, allá lejos, salía del seno del mar para abismarse en él á cada momento. Cuando llegaba una ola, el palo bauprés de nuestra embarcación se sumergía en ella, y el agua corría hasta mí. El espacio enjuto era bien pequeño, y, sin embargo, era preciso contentarse con él, procurando instalarme lo mejor posible; con la espalda apoyada contra la borda de estribor, haciendo presión con los pies sobre el reborde de la escotilla y al mismo tiempo abrazado á un cable, formaba cuerpo con la embarcación; parecía un madero amarrado sobre el puente. Esta posición me permitía contemplar las olas, en las cuales se reflejaban transparentes medusas, y ver cómo los tiburones hendían la superficie del mar con sus alas dorsales, triangulares y cortantes como cuchillo de guillotina.

La dotación del «Narciso» se componía de cuatro hombres: el propietario, el capitán, un marino y el grumete. El primero era un negro hercúleo de cara grande y plácida. Acostado sobre el puente, miraba con profunda satisfacción la vela de su navío hinchada por el aire, los sacos de cacao amontonados en la bodega y al humilde pasajero tendido á su lado. Gozaba voluptuosamente, considerándose dueño de la goleta, y se complacía mirando desde ella el mar agitado sobre el que flotaba su embarcación; entregado enteramente á sus ensueños, se ocupaba muy poco de las manobras y apenas si de tiempo en tiempo se cogía flemáticamente de una cuerda para ayudar á un cambio de rumbo ú otra operación cualquiera. Por

lo demás, era de un candor inefable y deseaba ver á todos sus compañeros tan felices como él; si el capitán no hubiera mandado; si el grumete y el marino se cruzaran de brazos, él se dejaría tranquilamente encallar sobre un arrecife, sin que la satisfacción, pintada en su semblante, sufriera ninguna alteración. Verdadero tipo del negro de las Antillas, se llamaba cosmopolita y vagaba de ola en ola, de tierra en tierra, como un Alción. Hablaba igualmente mal todas las lenguas y todos los dialectos de los pueblos establecidos en las costas del mar de Caribes; respondiendo igualmente al nombre de don Jorge, que al de John ó al de Jean-Jacques.

El capitán, joven, guapo, activo, pero muy hablador, impaciente y colérico, no ocultaba el desprecio que le inspiraba su plácido armador; no obstante, tenía el buen sentido de no exacerbarlo. Hijo de un francés casado en Cartagena, José María Monton tenía indudablemente un gran parecido con su padre, á juzgar por sus ademanes y su vivacidad; sólo había cogido del país de su nacimiento, los hábitos y las supersticiones, y no sabía ni una palabra de la lengua de sus ascendientes. Con importuna curiosidad no separaba de mí su vista. En todas sus palabras había un cierto acento de desconfianza, y sólo se sentía amable y cariñoso cuando se dirigía al marino. Este, siempre silencioso, adivinando anticipadamente el menor deseo del capitán, trabajaba sin descanso en las velas, las cuerdas y las cadenas; me parecía un sér indefinible. No sólo es que no hablaba, sino que no miraba, y andaba sin producir ruido alguno, volando como una sombra de un extremo al otro de la goleta. ¿A qué raza pertenecía? ¿Era negro, español ó mestizo? Su tez morena podía haber sido

curtida por las lluvias, las tormentas, los huracanes y el sol abrasador; su mirada podía haber quedado sin expresión á fuerza de contemplar el espectáculo de tantos miles de ondas agitadas en la superficie de los mares. Apenas si me hubiera extrañado saber que era un holandés cuyos ascendientes vagaban, desde muchos siglos, errantes por el Océano; uno de esos seres que, cuando la tempestad se prepara, agitan desde la proa del navío sus brazos envueltos en la niebla. En cuanto al grumete, era sencillamente un niño, sucio y perezoso como una serpiente; estaba siempre dormido y nadie podía despertarle sino el capitán y aun á grandes patadas.

Don Jorge, cuyas comidas eran frecuentes y abundantes, ocupaba el resto del tiempo vigilando sus aparejos de pesca que había atado al exterior de las bordas del navío. Durante el primer día, su pesca fué extraordinariamente fructuosa; sacó infinitud de peces, cuyos nombres bárbaros no recuerdo. El segundo día pescó un dorado y un tiburón joven que medía unos dos metros de largo.

Para coger estos animales, cortan los marinos un pedazo de tela blanca en forma de pescado volador, lo atan á un grande anzuelo y lo arrojan sobre la estela; luego empiezan á silbar como un boyero cuando lleva el ganado al agua. El pescado, seducido por el llamamiento, se arroja sobre el pedazo de tela blanca y se traga el anzuelo... y los que no han tenido vergüenza de engañar al pescado, lo suben hasta el puente, lo golpean y lo hacen pedazos; luego, saboreando anticipadamente el festín, arrojan alegremente sobre el asador lo más sabroso del animal. Se dice que los náufragos del *Meduse* prefirieron devorarse entre sí á comer tiburón; yo no participé de sus escrúpulos y me aso-

cié con la dotación para satisfacer mi apetito con la carne del pobre pescado. Declaro que me parecía esquisita; pero, comiendo, no pude verme libre de un remordimiento. ¿Con qué razón me quejaré yo, si otros tiburones vengan en mí á su hermano asesinado? Así va el mundo.

Al anocheer del primer día, el capitán, que durante la jornada había hablado no muy poco, dirigió la palabra á Don Jorge, se acercó á él, y, adquirida confianza por la dulce y misteriosa, influencia de la noche, condescendió á entrar en conversación. Primero habló de negocios, luego de viajes, pero después de fantasmas, y bien pronto oímos contar una leyenda del tiempo de la inquisición, llena de horribles detalles. Era la historia de una alma cargada de crímenes, oscilando sobre la boca del infierno, y disputada por los ángeles y los demonios. Por fin, éstos se apoderaron de ella, y el alma desesperada fué sumergida en las llamas del abismo. Era probablemente la milésima vez que el capitán relataba esta leyenda, porque sus palabras, que no tenía necesidad de buscar, se convertían en frases precisas y sonoras, adquiriendo su expresión cierta elocuencia salvaje, en la descripción de los tormentos infernales. Don Jorge, contento de este relato que estimulaba la digestión, gozaba visiblemente de su propio miedo, mientras que el grumete, apoyado sobre sus codos y acostado boca abajo sobre el puente, fijaba sus ojos en el capitán y sentía cómo su alma misma se le escapaba de espanto. El marino, siempre solitario, estaba de pie sobre la proa del «Narciso», y su alta estatura, medio cubierta por las jarcias, se dibujaba como un negro fantasma sobre la mar fosforescente.

A nuestra sesión puso fin una fuerte lluvia, y

capitán, armador, grumete y pasajero nos dimos prisa en bajar á la bodega para acostarnos sobre los sacos de cacao. Mis compañeros, acostumbrados á esta clase de cama, se durmieron bien pronto profundamente, pero á mí me fué imposible imitarlos. Las cáscaras del cacao, duras como piedras, me penetraban en la carne; repugnantes insectos, los más gruesos que he visto en mi vida, me picaban las piernas y brazos y se paseaban por mi cara; el aire mefítico de la sala, y, sobre todo, el olor penetrante del cacao, me sofocaba. A cada instante subía la escalera para respirar un poco de aire puro por la abertura de la bodega, pero la lluvia incesante me obligaba á bajar al antro malsano, donde mis compañeros tenían ensueños dorados. Hacia el amanecer, vencido por el cansancio, pude dormir un poco, pero agitado y convulso.

Cuando me desperté, el «Narciso» doblaba uno de los promontorios poblados de bosque secular que cierran la entrada de Porto Bello, antigua Puerta de Oro de los españoles, en donde los galeones veían á cargar los tesoros del Perú. La lluvia había cesado; un tenue vapor flotaba aún por los montes. Estos y el mar, alumbrados por el sol nascente, presentaban un espectáculo admirable; pero yo apenas si lo miraba: no podía separar mi vista de los bosques tropicales, que se me presentaban por primera vez con toda su magnificencia. Hasta ignoraba si eran realmente bosques lo que tenía ante mis ojos, porque no distinguía árboles, y durante mucho rato creí tener á la vista una gigantesca roca cubierta de musgo. En la zona tórrida el árbol no existe, por decirlo así; ha perdido su individualidad en el conjunto de la vida vegetal, para convertirse en una molé-

cula de la gran masa de que forma parte. Una encina de Francia, con sus grandes ramas extendidas, su corteza rugosa, el tejido enorme de sus raíces y la alfombra de sus propias hojas, parece independiente y libre: en la América del Sur, los más gigantescos árboles de sus selvas vírgenes carecen de esta independencia. Torcidos unos sobre otros, atados en todos los sentidos por infinidad de cuerdas de liana, medio ocultos por las plantas parásitas que los extriñen y beben su savia, parecen no tener existencia propia. La influencia de los climas es lo mismo para los pueblos que para la vegetación: en la zona templada es donde se ve al individuo salir de la tribu, y al árbol insolarse en el bosque.

Poco á poco nos aproximábamos á la estrecha boca del puerto y la escena se presentaba cada vez más espléndida. Dos colinas, teniendo en sus cimas las minas de dos castillos, se levantan la una enfrente de la otra; en su base, enormes y múltiples cocoteros se inclinan hacia la superficie del mar; infinidad de pájaros pescadores descansan sobre las rocas. Desde la cima hasta el pie de las colinas, todo es un mar tumultuoso de hojas, y bajo esta masa, que el viento agita, nadie puede distinguir el suelo, pareciendo más bien una enorme planta piramidal de doscientos metros de altura. Todas las ramas están liadas unas con otras y el más pequeño movimiento, transmitido de hoja en hoja, hace agitarse aquella verde inmensidad. Sin embargo, las colinas, que son muy escarpadas, permiten que algunos árboles extiendan sus ramas á grandes distancias y las lianas y las flores, emparradas de cinco en cinco, producen la ilusión de una catarata, de un Niágara de verdura.

Por fin, el «Narciso» echó el áncora casi á la som-

bra del misterioso bosque, el bote fué desamarrado de la goleta y el marino, cogiendo silenciosamente los remos, nos hizo señal de saltar. Ibamos á hacer un pequeño descanso en tierra. Mi emoción, ya bastante fuerte, se aumentó cuando el esquife se detuvo, y yo, saltando de piedra en piedra, llegué hasta la playa, completamente adornada con infinidad de conchas de multitud de colores. En pocos minutos llegué hasta la desembocadura de un pequeño arroyo que baja dando saltos desde las profundidades de la selva, y, remontando su cauce accidentadísimo, me sumergí en un agujero oscuro como un túnel que se abría delante de mí.

Es imposible no sentir una extraña emoción física cuando, repentinamente, se pasa de la atmósfera ardiente y luminosa de estos países, á la sombra, húmeda y solemne de una selva virgen. A pocos pasos del mar pude creermé cien leguas en el interior del continente: por todas partes una multitud infinita de ramas, una misteriosa profundidad, en la que mi vista apenas podía orientarse; á mi alrededor, rocas enormes, cuyas paredes resbaladizas estaban cubiertas de hojas y fibras confusamente tejidas; sobre mi cabeza una cúpula de verdura que el sol ardiente no podía penetrar. ¡Qué diferencia entre estos bosques tropicales y los nuestros, tranquilos y simétricos, con sus árboles desramados y brancas secas, como enfermos desgraciados! En este país del sol, la savia impetuosa corre por las fibras de los gigantes vegetales que la tierra y las aguas nutren con pródiga fecundidad. Las cimas son más altas y copudas, los colores de las hojas y las flores más variados, los perfumes más acres, el misterio de la selva más temido; bajo su tenebrosa sombra no se encuentra el reposo, sino el espanto, el temor á lo desconocido.

Yo avanzaba con precaución, con paso vacilante, religioso. Pequeños reptiles, medio ocultos entre las hojas ó las ramas, desaparecían produciendo ruidos extraños; la escasa luz que penetraba, disminuía sensiblemente. Me detuve y me senté en el borde de una roca que el agua había horadado, y cuya concavidad estaba llena de agua espumosa. Mirando hacia atrás, veía por la extremidad del agujero en que me hallaba una bahía en miniatura, en donde las olas azules, coronadas por franjas argentinas, venían á morir sobre la arena resplandeciente de blancura. Contemplando este espectáculo estuve algunas horas, mientras que don Jorge dormía la siesta á la sombra de un enorme *caracol*.

Mi segunda visita fué para la ciudad de Porto-Bello, á donde el capitán Monton decía ir á comprar algunos sacos de cacao, por más que en realidad no tuviera otro objeto su viaje que visitar á una *señorita* de la población. Yo corrí como un loco todas sus calles para descubrir los restos de sus pasadas grandezas, que por cierto se reducen á bien poca cosa; miserables chozas cubiertas de cañas ó de hojas de palmera han sustituido á las construcciones de los españoles; de distancia en distancia, aparece aún algún trozo de muralla, en cuyas rendijas habitan lagartos y culebras; los árboles han introducido sus raíces por entre los resquicios de la fortaleza que dominaba la ciudad, y muy pronto no quedará piedra sobre piedra. La población, compuesta de negros y mestizos en número de unos ochocientos próximamente, es una multitud de harapos y suciedad que pasea orgullosa su indolencia por la playa. Sólo las mujeres trabajan; ellas son las que muelen el maíz y asan la banana para la comida de sus señores y amos; llenan los

sacos de cacao y llevan sobre sus cabezas enormes cantaros de agua desde lejanas fuentes, á la ciudad. En vez de la flotilla de galeones que se reunían en otro tiempo en el puerto, protegida por los cañones de la fortaleza, tres ó cuatro goletas armadas por un negociante de Jamaica, el judío Abraham, se balancean perezosamente, no lejos de unos almacenes pertenecientes al mismo propietario. Cada quince días el vapor que hace el servicio entre Santo Tomás y Colón, entra en Porto Bello, no á tomar ó dejar pasajeros, sino á renovar su provisión de agua.

Un trazado de vía, antes de la construcción del camino de hierro del istmo, designaba á Porto Bello como punto de partida. El comercio hubiese tenido la ventaja de un excelente puerto, y los ingenieros no hubieran tenido otro trabajo que seguir la antigua carretera de los españoles, hoy completamente obstruida. Pero la insalubridad de Porto Bello, más terrible aun que la de Colón, modificó el plan de la compañía. En efecto, al Este de la población, se extiende un vasto pantano donde el agua dulce y la salada arrastran, en su flujo y reflujo, plantas en descomposición; bosques de paleuvios se enlazan y mueven la tierra alrededor de las cabañas, y las colinas que se levantan á la entrada del puerto, impiden que los vientos alisios renueven la atmósfera mefítica que pesa sobre la ciudad. Encima de este pantano cerrado, se forman nubes diariamente que se deshacen en lluvias cotidianas. Puede decirse que la bahía de Porto Bello es un cráter de volcán, humeando siempre miasmas mortíferos.

El capitán no terminó la importante operación de tres sacos de cacao, hasta la caída de la tarde, y, cuando el bote llegaba al lado de la goleta, al-

gunas estrellas empezaban ya á brillar en el cielo.

Acariciando la esperanza de un dulce sueño reparador, me envolví con una vela que había extendida sobre la cubierta; no había apenas cerrado los ojos, cuando una lluvia torrencial me obligó á refugiarme en la bodega. Pasado el primer chaparrón subí al puente, pero muy pronto otra nube se deshizo en nueva lluvia: pasé la noche subiendo y bajando á la cala, obligado por lluvias sucesivas. Las voces extrañas que salían de los bosques inmediatos á la costa y, sobre todo, los *ladridos* de una rana, cuyo grito era mayor que el de un perro de casa de campo, contribuyeron singularmente á hacer casi imposible mi reposo.

Al amanecer, el capitán hizo levar anclas y extender las velas del «Narciso». Este, muy mal andador, no se dió prisa en salir del canal, menos aun porque los vientos alisios empujaban la embarcación hacia el puerto. Pasamos la mañana entera bordeando de un promontorio al otro.

Para continuar en línea recta nuestro camino, era preciso doblar la roca de Salmedina, que se levanta al Este como torre abrupta, rodeada de negros arrecifes. Después de habernos alejado más de una milla de la costa, cada golpe de mar nos volvía cerca de esta formidable torre, cuyos escollos aparecían y desaparecían bajo las aguas como monstruos marinos jugando con las olas. Una vez el viento hinchó con fuerza la vela en el momento en que el capitán acababa de pronunciar la palabra sacramental de ¡á virar! y la goleta, dirigiéndose rápidamente y en línea recta hacia Salmedina, cortaba las ondas blanquecinas que se deshacían en la base de roca.

Capitán, marino, grumete y hasta yo mismo, hacíamos esfuerzos inútilmente, apoyados contra

la verga, para vencer la resistencia de la vela, mientras que don Jorge, siempre plácido y sonriente, miraba vagamente todo el aparejo de su goleta, que corría hacia una pérdida inevitable. Un enérgico juramento del capitán le hizo levantar sobresaltado, y cuando apoyó su espalda de atleta sobre la verga, cedió la vela, y el «Narciso», rozando las rocas al virar, volvió á hacerse á la mar.

Hacia el medio día doblamos el temido promontorio, y á dos ó tres millas de la costa veíamos el tupido bosque que se prolongaba de un extremo al otro del horizonte. Los montes encadenados, de muy poca elevación, que se extienden de Oeste á Este, parecen mucho más altos de lo que en realidad son, por efecto tal vez del manto de vapor que corona sus cumbres. Una después de otra veíamos aparecer y desaparecer todas las puntas que esta cadena proyecta en el mar; Punta Pescador, Punta Escondida, Punta Escribanos, todas iguales por su forma y la vegetación que las cubre. El mar estaba tranquilo; una ligera brisa hinchaba apenas la vela, y la goleta hendía penosamente las olas. Así continuamos nuestro curso todo el día, y la noche nos sorprendió antes de poder doblar el cabo San Blas.

Al día siguiente, por la mañana, nos encontramos en pleno archipiélago de las Muletas, cuyas islas, «más numerosas que los días del año», aparecen sembradas en el mar ocupando una gran extensión. Más de sesenta contamos nosotros sobre el horizonte, á pesar de la niebla espesa que las cubría, y á medida que adelantábamos, veíamos salir más y más, sobre la superficie tranquila de las aguas. Todas estas islas bajas, que parecen descansar sobre la superficie de un lago, como los jardines flotantes de Cachemira, están cubiertas de co-

coteros, cuya simiente ha sido llevada por las olas, desde que los españoles introdujeron este árbol en el continente americano. Hay islotes tan pequeños, que los cinco ó seis cocoteros con sus grandes palmas curvadas, les dan la forma de un gran abanico verde, abierto sobre las aguas transparentes. Otros, al contrario, ocupan una gran superficie, y algunas chozas de indios se agrupan de distancia en distancia bajo la sombra apacible de pequeños bosques; pero casi todas tienen forma redonda ú ovalada. El primer areonauta que contemple desde un navío alado este archipiélago de las Muletas, tendrá que comparar sus islas á gigantescas hojas de nenúfar, flotando sobre la superficie de un mar apenas agitado por la marea.

Cuando nuestra goleta pasaba cerca de un grupo de cabañas, un pequeño bote ó tronco vaciado, con tres ó cuatro indios, se separaba de la orilla y se dirigía hacia nosotros. En cuanto estaban á corta distancia, levantaban al aire los remos, como prueba de sus pacíficas intenciones y nos saludaban en malísimo español; luego se aproximaban, y, amarrando la canoa al borde de la goleta, subían al puente, reían amablemente para disponernos bien en su favor, y, con voz acariciadora, nos ofrecían sacos de cacao, sus bananas, pequeños y encantadores loritos verdes, anidados dentro de una calabaza, picoteándose y jugando con dulzura y gentileza indescriptibles. En cambio, ellos aceptaban telas de algodón y lana y monedas americanas. Estos indígenas pertenecen á la tribu india del cabo San Blas; son de pequeña estatura, fuertes y bravos; su color es un poco bronceado pero más blanco que los del continente. Hasta una edad muy avanzada conservan el aire de niños, y la alegría de vivir brilla siempre en sus miradas.

Viendo esparcidas por el mar estas islas encantadoras, con sus cabañas cubiertas por ramos de cocoteros, no puede uno menos que pensar con tristeza en el supuesto de que muy pronto americanos ó ingleses tomen posesión de ellas, para explotar sus bosques de palmeras, moler la nuez y exprimir el aceite. El imperio de Maunnon, tan vasto ya, ¿se aumentará con estas islas afortunadas, para que nuevos géneros se amontonen sobre los muelles de Liverpool ó de New York, y las cajas de valores de los capitalistas que explotan estos negocios, se llenen más aún de lo que están?

Estos pueblos son felices; el comercio, tal cual hoy se entiende, ¿sabía darles otra cosa que un servilismo disfrazado, y otras alegrías que las producidas por el alcohol? Con demasiada frecuencia, la hermosa palabra civilización, ha servido de pretexto para exterminar rápidamente tribus enteras. ¡Esperemos para arrastrar á ésta hacia el gran movimiento civilizador de los pueblos, á que podamos llevarles sobre nuestros barcos más felicidad de la que actualmente poseen la justicia y la verdadera libertad!

Yo hubiese querido marcharme con los indios de las Muletas, hacerme ciudadano de su república, al menos por algunas horas, interrogar á los ancianos sentados á la puerta de sus chozas, ver á las mujeres ocuparse en los trabajos domésticos y asistir desde lejos á las diversiones y entretenimientos de los niños, que se revolcaban completamente desnudos sobre las arenas de la playa; pero, don Jorge, siempre ocupado con su pesca, me suplicó que dejara continuar la marcha, con la esperanza de que muchos peces se dejarían seducir por el cebo arrojado en la estela. No tuve, pues, otro remedio que contemplar tristemente las islas á medida que iban

apareciendo. Por fin, pasamos lentamente muy cerca de la última; durante mucho tiempo vimos sus palmeras levantarse sobre las aguas, parecidas á un vuelo de gigantescos pájaros; luego, desaparecieron éstas en el horizonte, y nosotros nos encontramos en plena mar de Caribes.

La travesía del archipiélago de las Muletas á Cartagena, nos costó ocho días; nuestra goleta, bastante menos rápida que una tortuga de mar, avanzó á razón de una milla por hora, no obstante tener la corriente y con frecuencia el aire en nuestro favor. El «Narciso», pesado en su forma y dislocados sus miembros, solía emplear en sus viajes de regreso más de tres semanas, para llegar á Colón, porque tenía que vencer la resistencia del remolino de las aguas, formado en el golfo de Uraba por la gran corriente ecuatorial, cuyas corrientes vienen á romperse contra las costas de la América central, determinando á derecha é izquierda nuevas corrientes contrarias, á lo largo de las playas. En cualquiera otro mar, expuesto á cambios de viento y violentas ráfagas, el «Narciso» no hubiera hecho un viaje sin exponerse á zozobrar; afortunadamente, en el golfo de Uraba y en todas las costas de Nueva Granada, casi nunca hay una tempestad. Los huracanes, que producen con frecuencia efectos desastrosos en las pequeñas y grandes Antillas, tienen siempre su origen á la entrada del mar de Caribes, por encima de la corriente ecuatorial, y, desarrollando un inmenso torbellino, que aumenta sin cesar, van á morir á los Estados Unidos ó á los bancos de Terranova después de haber hecho surcos gigantescos en el agua, haber destruido navíos, arrasado pueblos y bosques; pero en su imponente y terrible carrera, jamás llegan al mar tranquilo de la república granadina. En ella, las



olas, lentamente empujadas por las tempestades de otros climas. corren con la regularidad de las ondulaciones que la caída de una piedra produce en un lago. Aunque enormes, prolongándose paralelamente de un horizonte á otro, son impelidas siempre con igual regularidad por los vientos alisios, y levantan silenciosamente los navios sin deshacerse en espuma. En el fondo de los inmensos valles que las separan, los peces alados, parecidos á los pájaros en los surcos de un campo, saltan á millares, atraviesan de un salto la cresta de las olas, y van á caer al otro lado en el agua transparente.

El séptimo día, el «Narciso» llegó al archipiélago de San Bernardo, cuyas islas, bajas y pobladas de vegetación, como las Muletas, pueblan el mar al norte del golfo de Morosquillo. La goleta se abrió camino á través de ese dédalo de islas que encierran en sus estrechos peligrosos bancos de arena, y, luego de haber navegado todo un día por las costas de Nueva Granada, vino á echar el ancla en una pequeña bahía de la isla de Barú, muy cerca de Boca Chica, entrada de la rada de Cartagena. El capitán no tenía bastante habilidad para guiar su goleta por entre tanto escollo, y, obligados á esperar hasta el día siguiente para entrar en el puerto, gocé lo indecible contemplando las minas de este otro Sepastopol, tan formidable en tiempos del poderío español.

## III

## Cartagena de las Indias.—La Popa.

## La fiesta.

A la salida del sol, el «Narciso» entraba viento en popa, en el canal de Boca Chica, apenas de algunas brazas de ancho y bastante fondo, sin embargo, para entrar los más grandes barcos de guerra. En los lados se levantan rocas agudas que proyectan sus sombras negras sobre el fondo del agua blanquecina; á medida que se avanza, la línea de arrecifes se estrecha en el canal tortuoso y multitud de rompientes aparecen por todas partes: pasando tan cerca de los escollos no puede uno por menos que extremecerse. A algunos metros de distancia, por la izquierda, al pie de un promontorio de la isla de Tierra Bomba, se levantan las murallas blancas de un fuerte, actualmente cubierto de arbustos y de hierba; á la derecha, sobre un islote de rocas amarillentas, rodeado de arrecifes, una ciudadela, minada por las olas, extiende sobre los rompientes una larga línea de baluartes desmoronados; á lo lejos, al extremo de la isla Barú, completamente poblada de mangós, se ven las minas de otro fuerte. Tal era la primera línea de fortificaciones que protegía la entrada del puerto de Cartagena. En el siglo XVIII fué forzada por el almirante Vernon, al que, por falta de de-